

**Marcelo ROUGIER (coord.), *La industria argentina en su tercer siglo. Una historia multidisciplinar (1810-2020)*, Buenos Aires, Ministerio de Desarrollo Productivo, 2021, 548 p.**

El Ministerio de Desarrollo Productivo de Argentina presenta un exhaustivo recorrido por los tres siglos de historia de la industria de este país, desde el período inmediato posterior a la Revolución de Mayo de 1810 hasta la irrupción de la crisis sanitaria de la COVID-19 en 2020. Para esta tarea, la coordinación ha quedado a cargo del doctor Marcelo Rougier, especialista en la temática. Una de las cuestiones que cabe destacar, en relación con el equipo de trabajo, es la búsqueda de interdisciplinariedad y el abordaje desde distintas dimensiones procurado, ya que los autores provienen de formaciones diversas tales como la economía, la sociología y la historia. Asimismo, esta voluntad se expresa en las primeras secciones de cada uno de los capítulos, donde se procede a dar cuenta de las coyunturas tanto locales como internacionales en las que se enmarcan las evoluciones industriales que caracterizan cada etapa. De esta manera, es posible tener presentes factores políticos, judiciales, sociales e institucionales, entre otros, que condicionan, a veces fomentando y otras tantas no, el derrotero industrial.

Respecto al contenido del libro, podemos destacar una idea central que articula cada uno de los capítulos y que da unidad a la obra en su conjunto: la certeza de que el sector industrial es, de por sí, relevante en términos de desarrollo y de crecimiento económico de un país. De este modo, el libro procura insertarse en debates de marcada actualidad en cuanto al rol del Estado en general y de la política industrial en particular, en un marco todavía caracterizado por los procesos de desindustrialización que, entre otros países, afectan a Argentina. En este sentido, la obra coordinada por Rougier discute la idea de que la pérdida de importancia relativa de la industria (en cuanto a valor agregado y empleo) implique la inocuidad del desarrollo de una política industrial específica.

Por todo lo anterior, el libro destaca la relevancia histórica y actual de la industria en relación con el mejoramiento del balance de pagos, el desarrollo de la innovación tecnológica, la integración regional y la complementariedad con el resto de los sectores. Ahora bien, estas cuestiones se abordan reconociendo las problemáticas históricas y los desafíos actuales del sector industrial argentino. De hecho, una de las ideas que se sostiene se vincula con la existencia, desde mediados del siglo XIX, de una mar-

cada heterogeneidad productiva en la industria manufacturera argentina. Sobre la base de reconocer esta heterogeneidad y de caracterizarla en cada etapa histórica, se desprende la necesidad de aplicar políticas industriales, tanto verticales como horizontales, que tengan por objeto el refuerzo de sectores que se encuentren cercanos a la frontera productiva internacional, pero también de aquellos que, aunque exhiban una menor productividad del trabajo, cumplen una función clave en cuanto al empleo, por ejemplo.

La división por capítulos permite diferenciar distintas etapas, que presentan evoluciones y políticas públicas diferentes entre sí; pero, a la vez, esta estructura invita al diálogo entre las partes. Esto permite comprender los vaivenes sectoriales en su lógica interna y en relación con sus actores más destacados. De los nueve capítulos, siete se refieren al devenir cronológico y dan cuenta de una periodización generalmente aceptada por la literatura: el primero, de Camilo Mason y Diego Rozengardt, aborda la evolución de las primeras manufacturas locales en las décadas posteriores a 1810. A continuación, el capítulo de Ludmila Scheinkman y Juan Odisio se centra en el derrotero industrial durante el auge del modelo agroexportador (1870-1929). Los siguientes dos capítulos, de Leandro Sowter y Camilo Mason, por un lado, y Juan Odisio y Marcelo Rougier, por el otro, abordan las distintas etapas en que suele dividirse la industrialización por sustitución de importaciones (1930-1952 y 1953-1975). A continuación, en el siguiente capítulo, de Martín Schorr, se analizan los años de desindustrialización y de reestructuración sectorial (1976-2001). Posteriormente, se analiza la reindustrialización, acotada de 2002 a 2015, en un capítulo firmado por Federico Ghibaudo y Mario Raccanello. Por último, se da cuenta de una nueva etapa de desindustrialización que se extiende hasta la actual crisis sanitaria (2016-2020), tarea a cargo de Daniel Schteingart y Andrés Tavošnanska.

A los capítulos ya reseñados se les añaden los dos últimos, de una relevancia más que significativa. Por un lado, el elaborado por Omar Bascur y Ramiro Coviello exhibe, con un elevado nivel de detalle, las vicisitudes y los derroteros de los andamiajes institucionales, privados y fundamentalmente públicos, que han tenido lugar desde el siglo XIX en adelante en materia de fomento y legislación del sector industrial. Además del valor que en sí mismo presenta este desarrollo, el capítulo permite materializar lo que en varios capítulos se menciona respecto a las dificultades para la construcción de un entorno institucional coherente, homogéneo y sostenido en el tiempo. De este modo, invita a la reflexión sobre las dificultades que debieron afrontar los actores del ámbito local, principalmente las empresas nacionales, a la hora de acceder a un crédito, de entablar diálogos con las diferentes agencias burocráticas y de exportar o ampliar sus mercados, entre otros aspectos. Asimismo, evidencia las tensiones suscitadas en el seno del Estado y sus organismos por los grupos de interés en boga en cada momento. Por otro lado, la recopilación estadística para el largo plazo del último capítulo, llevada a cabo por Andrés Salles, es un añadido que culmina este gran trabajo de investigación. La posibilidad de contar con series, gracias a un notorio esfuerzo de homogeneización de bases, que se extienden desde finales del siglo XIX a la actualidad

a nivel de ramas (para una amplia gama de variables) es un insumo vital para distintas investigaciones. Al mismo tiempo, la inclusión de series que permiten comparar el devenir argentino con el de otros países (tanto desarrollados como no) resulta clarificador para poner en perspectiva lo referido en el libro.

Como lectores, en la obra reseñada se nos invita a una reflexión sobre el sector industrial del pasado, a fin de repensar la política del sector orientada al futuro. En este sentido, interesa retomar la discusión sobre el rol de la manufactura en el desarrollo económico, en un marco caracterizado por la desindustrialización. Los debates que la obra suscita quedan especialmente de manifiesto en los capítulos quinto, sexto y séptimo, cuyo marco de análisis se extiende desde mediados de la década de los setenta del siglo pasado hasta la actualidad. En ellos se analizan pertinentemente las formas concretas que adoptaron tanto la evolución agregada de la industria como la de sus esferas regionales, sectoriales y de los actores involucrados. Asimismo, se evalúan los impactos sobre los ocupados industriales y sus remuneraciones, a la vez que se buscan continuidades y rupturas entre las políticas públicas asumidas en cada subetapa del período.

Ahora bien, nos hubiera gustado observar qué particularidades, en caso de haber existido, exhibió el caso argentino respecto a otras experiencias y cómo la llamada nueva división internacional del trabajo ayudó a forjar esos resultados. En rigor, si bien se da cuenta de que ante el avance de la globalización se hicieron más notorias las brechas de productividad entre Argentina y los países desarrollados, no se profundiza en esta cuestión ni se analizan en detalle sus implicaciones. De este modo, la principal «responsabilidad» ante la irrupción de la desindustrialización local recae en las decisiones de apertura y desregulación financiera de la última dictadura cívico militar (1976-1983), profundizadas luego durante el gobierno de Menem en los años noventa. Dejando claro que no coincidimos ni con dichas medidas ni con la forma de llevarlas a cabo, nos preguntamos hasta qué punto esto fue diferente a otros países de la región.

Un marco como el de los setenta, en el que se generalizó la posibilidad técnica de producir a escala global, con la localización de cada eslabón de la cadena productiva en donde fuera más rentable, llevó pareja una encrucijada para países como Argentina. Por un lado, de forma general no se encontraba en línea con la productividad mundial como para encabezar procesos de desarrollo sobre la base las cadenas globales de valor; por el otro, su nivel salarial no era comparable al de países como Corea o Taiwán, por lo que la alternativa de convertirse en una plataforma de exportación también estaba vedada. Así, tras la crisis de deuda externa de la década de 1980, se abandonó definitivamente el esquema de «proindustrialización sustitutiva», adoptándose políticas vinculadas al Consenso de Washington durante la década de los noventa. Contrariamente a lo postulado por sus impulsores, la reducción de tarifas y de otras barreras al comercio internacional (a lo que se sumó el nivel del tipo de cambio) no resolvió esa encrucijada, sino que agravó los problemas.

Este marco general presentado, si bien escueto, puede ayudar a comprender no solamente el derrotero argentino desde los setenta, sino también el de otros países de

la región y del mundo. Al mismo tiempo, encuentra similitudes con lo reseñado en el libro respecto a la necesidad de una actualización de la política sectorial (lo que de hecho nunca dejaron de hacer los países desarrollados). De este modo, estamos de acuerdo con la noción de que el desarrollo económico consiste tanto en la mejora de lo existente como en la transformación de la especialización productiva hacia actividades más complejas. En este sentido, el libro es una gran aportación, ya que de este se desprende la necesidad de políticas públicas que busquen reducir la brecha de productividad existente con los países centrales, lo que debe acompañarse de políticas de promoción crediticia y de un fortalecimiento del papel de los organismos técnicos para acelerar la incorporación de tecnología. Ahora bien, lo cierto es que las capacidades estatales son limitadas, por lo cual debe priorizarse y planificarse la intervención estatal, en general, y la específica del sector, en particular. En rigor, y como queda de manifiesto en las reflexiones que se desprenden del libro, no debe perderse de vista que ciertos ámbitos podrían fomentarse o protegerse en vista de otros objetivos y dimensiones, como la generación de empleo, el desarrollo regional, la promoción de la igualdad de género y la cuestión ambiental. El desafío, entonces, estriba en impulsar una política sectorial activa que considere estos objetivos y logre una inserción virtuosa de la industria local en el comercio internacional.

LUCAS TERRANOVA  
Universidad de Buenos Aires